

# EL LOBO (FEROZ) DE LA SEMANA



Pedro RODRIGUEZ  
en

La Colmena

## La protesta de Caperucita

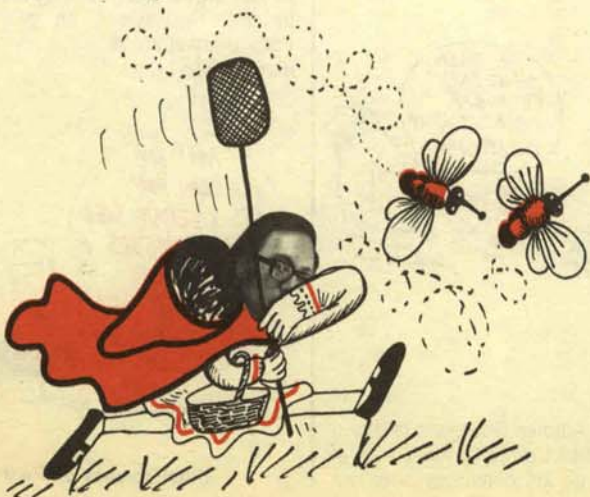
QUERIDO lobo Rodríguez y de mi mayor consideración: dice usted, si no he interpretado mal el espíritu de su colmena, que en situaciones de alta tensión, o se hace precisión, o se hace literatura, de acuerdo con Ortega. Yo creo que en este caso lo que hay que hacer es medicina, puesto que se trataba de un enfermo grave.

O sea, que no nos venga usted con Ortega, que ni era médico ni la madre que lo parió, aunque le gustase ir a los toros del bracete de Marañón y el otro Ortega, don Domingo (este vestido de luces), los tres tan pimpantes por la calle de Alcalá la florista viene y va, qué tiempos aquellos, que me lo ha contado a mí la abuelita cuando le llevo la miel a la tía guarra. Y es que Ortega, con eso de que era un poco elitista, se lo han apropiado ustedes los de Generalísimo, 142, como si no supiéramos todas dónde está la «Revista de Occidente», que más de una vez tengo ido yo a llevar una colaboración del señor Umbral, que, además de chulearme y educarme sexualmente, me mandaba a los recados.

O sea, que no pasarse con Orte-

ga, que no era tan azul como ustedes le pintan y, además, que se calla usted el final de la frase orteguiana: «O se hace literatura o se hace precisión o se calla uno.» Pues eso, don Pedro, se calla uno, que lo que hay que hacer es medicina y política, información y turismo, pero no tanta metáfora ni tanta cita, que la abuelita dice que no le entiende a usted, que si será usted el primer estilista del Régimen y yo le digo que a lo mejor el último.

Dice usted que va a hacer precisión y luego hace literatura. A la abuelita es que la tiene usted a punto de infarto. Una cosa es que Ortega hiciera «El Sol» y donde estaba «El Sol» se hiciera luego el «Arriba», y otra cosa es que citen ustedes a Ortega en cuanto alguien estornuda, que el pobre Ortega queda como el sastrer Campillo, cose de balde y pone el hilo y la maquinaria y los talleres y puso el edificio y todo, y tuvo que estarse en el exilio en plan desahuciado, con los muebles estilo II República en la calle, para que usted ahora le cite pronto, mal y siempre y le meta a arreglar el país, como si fuera Barnard.



## La regañina de la abuelita

QUE no, Pedrico, que no te doy el frasco de las sales. Si quieres, hijo, te doy el pasaporte, en el buen sentido, o sea, el internacional, el de «excepto Rusia y países satélites». ¡Para lo que ibas a tardar tú en quitármelo! Porque en el «Dodge» de tu corazón, «number one» de los corazones nacionales en fascículos — el frasco de las sales, por favor—, no tienen cabida los jovencitos frankenstein y mucho menos los fedisarios— que he dicho que el frasco de las sales— y no digamos la «Prensa del Trueno». Pero, vamos a ver, Pedrico, santiño mío, ¿qué te hicieron a ti los frankenstein esos (que tú tampoco eres el Discóbolo, ¡jojjo!), los fedisarios y otros ciudadanos como don Miguel Angel Aguilar y el «Rayo Vallecano», por otro nombre monseñor Iniesta? Porque, eso sí, en el «hit parade» de los problemas del sistema — que no lo tenga que repetir, el frasco de las sales—, la jove Iglesia española, Iniesta, ra, ra, ra, que es la auténtica «divine gauche», no olvidemos a simplemente Yanes — atención, las estatuas de Bernini—, en fin, el ala francesa de la curia desconectando ánodos, y ustedes perdonen. Pedriño, criatura, desconecta. Te-lo-pedimos-Señor, ya has cantado bastante las cuarenta a la Europa masonica desde el bastión,

deja de achuchar al Ejecutivo, que eres irrefrenable. El Gabinete no se inmuta, Pedriño, eso ya lo sabemos, no insistas, dedícate al «off the record» fraguiano — el frasco de las sales, leche, que me privo—, y es que se desgrana la pena de la tarde en la agenda política, el «bel canto», la cosa del «underground», el bote pronto y el «goal» de Solís. Sin olvidar el «reciclaje» de la «convergencia democrática», los «barbouzes». De pronto — o me dan el frasco de las sales o no sé lo que me hago— aparece en su jardín interior el finísimo Pio Cabanillas al que se le ve todo — o sea, como en «Equus», pero sin «slip»—, de manera que pongo en su conocimiento, señor director — usted sí que sabe—, en fin, que una cosa es la Viena del señor López Rodó y otra la Numanzia del señor Piñar, porque, después de todo, el país tiene instinto y pancartas. El martes, siete, a las cuatro y treinta... O sea, que monseñor Dadaglio... Nada, que me voy a drenar los hígados.

Pedrico, que te lo digo yo que soy una anciana, te vas a empachar con tanta confianza. Anda, hijo, quién te quiere a ti, duérmete, duérmete... Ea, ea, mi Pedriño bonitoño... ¡Leche, que no se duerme! ¡Las saleces!